Los compadres volvieron a juntarse y esta vez nadie los separará

"Entonces, sin que nadie me lo avisara o yo lo presintiera, apareció Ismael Rivera, el gran Maelo, el sonero mayor, el enorme compadre del soneo y el bembé..." (Edgardo Rodríguez Juliá en *El entierro de Cortijo*).

Ismael Rivera y Cortijo. Fotos: José Rodríguez

En aquellos años no era fácil para un pobre ser artista -todavía no lo es-, pero si además de pobre era negro, la cosa era aún peor. Y aunque Maelo cantaba y tocaba las congas desde niño, decidió ganarse la vida como albañil, un trabajo que le permitía contar con un dinerito seguro con que poder afrontar los gastos de aquella mesa en la que también comían cinco hermanos menores.

"Para aquel entonces Ismael Rivera tenía, según las valoraciones de la gente decente, una de las caras más trescas que ha dado Puerto Rico en toda su historia cafre; aquella sonrisa y la pachequería del semblante eran puro plantaje Avenida Puerto Rico de Villa Palmeras".

La primera vez que se juntaron fue en el 48, en el *Conjunto Monterrey* que dirigía Monchito Muley. Allí ambos hacían sonar los cueros. Maelo como conguero, Cortijo como bongosero. Y aunque estaba loco por cantar, nunca le dieron la oportunidad. Muley aún no se había convencido de que como cantante era un gran sastre. Y sin sospechar qué su futuro estaría en el arte de las tijeras, insistía en cantar, lo que nadie le podía impedir por ser el dueño del conjunto. La pelota y los bates eran suyos.

"Maelo, como todo auténtico artista, tiene la sensibilidad a flor de piel; sus emociones pueden más que el pudor; bien que se inclina a dejarse llevar por el dolor, quiere abandonarse a la pena lo mismo que a su testimonio. Por eso levanta el tul y toca la cara de Cortijo, y cuando ya no puede más retira el vaporoso velo del espíritu y quiere probar la carne".

Pero el destino estaba trazado y un buen día, mientras Cortijo tocaba en *La Riviera*, en el sector sanjuanero de La Marina, el albañil que quería cantar llegó a pedirle trabajo. "Si lo haces por $32.80 estás contratado. No puedo ofrecerte más". Maelo se ganaba $55 semanales como albañil tirando mezcla de la fina, pero su amigo le consiguió trabajo en la *Panamericana* de Lito Peña y la albañilería perdió un peón mientras la música ganaba una leyenda.

En la etapa de Cortijo en la *Panamericana*, Maelo aprendió a querer aún más a quien sería su compañero inseparable en la ruta hacia la gloria. Y cuando Cortijo formó su propio grupo, en los ratos libre entre *set* y *set*, Maelo salía de *El Escambrón* y se iba a descargar con Cortijo en el *Black Magic* en Miramar.

El Charlatán, *La vieja en camisa* y *Yo no bailo con Juana* fueron sus primeros éxitos grabados con la *Panamericana*. Aún no había surgido *El bombón de Elena*. Aunque seguía con la orquesta de Lito Peña, por su amistad con Cortijo, grabó aquel *hit* después que Bobby Capó lo escuchó y desistió de vocalizarla él. El éxito del disco fue fulminante. A la vez que cantaba con la *Panamericana*, acompañaba a Cortijo en sus viajes a Nueva York, donde los dueños del *Palladium* ponían como requisito que fuera él quien cantara. Un incidente de faldas precipitó su salida definitiva de la *Panamericana*. Asustado por lo ocurrido, Lito le pidió en una ocasión que no cantara ese día en el programa radial de la orquesta, y el emotivo ex-albañil reaccionó diciéndole que si no lo hacía ese día, no cantaba más con la orquesta.

"Se echa a llorar, frente con frente, sobre el compadre muerto; le besa la frente, le toca los cachetes tiesos, quiere comérselo a dentelladas secas y calientes, quiere llevarse en el tacto, en la piel misma del desconsuelo, algo de su perfectísimo amigo, algo que el tiempo jamás le podrá arrebatar".

Ya definitivamente con el combo de Cortijo, la mezcla de ambos monstruos de la música popular resultó más fina que la que Maelo tiraba en sus tiempos de albañil. *Juan José*, *Chóngolo*, *María Teresa*, *Maquinolandera*, *Besitos de coco*, *El Yoyo*, *Déjalo que suba*, *Palo que tú me das*, *El negro bembón*, *Quítate de la vía*, *Perico*, *Oriza*, *A bailar bambolé*, *El chivo de la campana*, *Yo soy del campo* y *Dolores* se difundieron prodigiosamente. En Nueva York y ciudades norteamericanas con fuertes núcleos hispanos le disputaban a los Titos (Puente y Rodríguez) y a Machito el liderato entre las orquestas latinas más populares de aquella época de oro de la música antillana. Su reinado se extendió de Puerto Rico a todo el Caribe donde su música se escuchaba más que la de Elvis Presley y *Los Beatles* juntos. La televisión puertorriqueña, que recién comenzaba, los reclutó como orquesta fija de la popular *Taberna India* y los hoteles de lujo los reclamaron, convirtiéndose en el primer conjunto musical que se presentaba en esas plazas como espectáculo, no como simple orquesta para bailar, lo que ocurrió en el hotel *Condado*.

"Estoy frente por frente a Maelo, lo estoy mirando en esta cercanía que casi me vuelve invisible, pero no entiendo nada de lo que dice; es como una jerigonza privada a una sola voz entre los dos capitanes del mandinga soneo mayor, quizás alguna consigna en clave del Siglo XVIII o un lenguaje íntimo y personal cuya clave sólo ellos conocían".

Los dolorosos acontecimientos que terminaron aquella etapa gloriosa de Cortijo y su combo con Ismael Rivera como solista, los lanzaron por caminos separados. Fueron muchas las lágrimas vertidas por ambos. Luego reanudaron sus respectivas carreras, cada cual por su lado. Cortijo fundó la *Máquina del Tiempo*, Maelo sus *Cachimbos*. Hace 13 años, en el *Coliseo Roberto Clemente*, en una noche memorable, volvieron a unirse, cada uno con su grupo, para rememorar viejos tiempos. El sábado, en el cementerio de Villa Palmeras, donde culminó el entierro magistralmente descrito por la prosa mágica de Edgardo Rodríguez Juliá que he intercalado a lo largo de la columna, los compadres volvieron a juntarse. Esta vez nada ni nadie podrá separarlos.